

Mi amiga Celia*

por Carmen Martín Gaité



Elena Fortún.



ANNA F. UHIES.

Carmen Martín Gaité.

Celia

Celia y yo somos más o menos de la misma edad, aunque nunca conseguí que me dijera en qué mes ni en qué año había nacido, y eso que llegamos a ser las mejores amigas del mundo. Tal vez fuera esa única reserva la que nunca pudo levantar para no renegar del todo de su condición de heroína de papel, a la que se veía obligada a guardar una mínima fidelidad. Pero yo decidí que había nacido un 8 de diciembre, como yo, a la misma hora y el mismo año. Y no me lo des-

mintió nadie. Creo que nunca he tenido una amiga como ella.

Primero conocí a su hermano Cuchifritín, al que no intento menospreciar ni en gracia ni en inteligencia. Pero, aunque me cayó muy bien y me hizo reír mucho, ahora, al cabo de los años, tengo que reconocer que la gran deuda de gratitud que me une a él se basa en que desde el primer momento encendió en mí el deseo ardiente de que presentara a su hermana. Lo primero porque él era más pequeño, y luego porque la mención a Celia ad-

quiría en sus labios unas resonancias absolutamente prometedoras y adelantaba —como una premonición— un acontecimiento, el de mi encuentro con Celia, que no me podía defraudar.

Ya aludía a ella en el mismo título sobre esta familia que cayó en mis manos y que se titulaba *Cuchifritín, el hermano de Celia*, donde el pequeño de los Gálvez dibujado por Serny, sonreía sobre un fondo amarillo agarrado a un caballo de cartón. O sea, que antes de nada me entró por los ojos, unido al nombre de su hermana, quien me había de introducir en un mundo donde los niños tienen voz y voto y luchan por su derecho al comentario y al crítica de cuanto se produce en su entorno.

Tendría yo unos ocho años, no apunté la fecha porque por entonces no hacía yo diario, pero es uno de los recuerdos de infancia más nítidos que conservo. Eran los últimos tiempos de la República y vivía con mis padres en Salamanca. Una tarde mi padre vino de su despacho diciendo que no iba a visitar una señora de Madrid, hija de un importante abogado en cuyo bufete había trabajado él cuando acabó sus estudios de Derecho y al que le debía todo lo que era. Se preparó una comida de postín para esta señora y todos en la casa la esperábamos como se espera una visita diferente de las habituales. Se llamaba la señora García Prieto y tenía la desenvoltura elegante y sencilla que por aquellas fechas yo atribuía a todo lo que llegaba a provincias desde Madrid.

Dos regalos

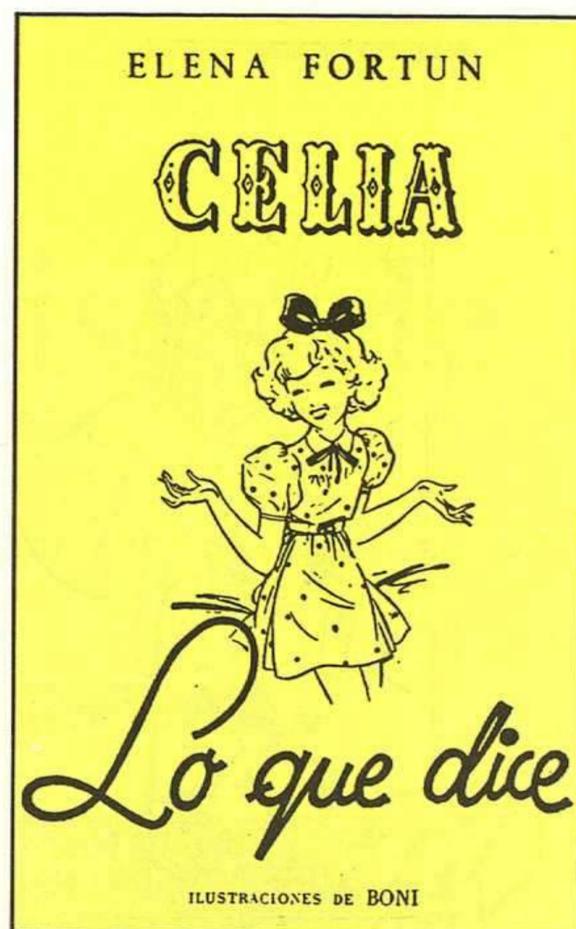
Mi hermana y yo comimos a la mesa, y lo que más nos llamó la atención es que aquella señora no se limitó a hacernos una caricia en el pelo y a decirnos qué monas éramos, como hacían todas las visitas, sino que habló tanto con nosotras como con las personas mayores, y en el mismo tono. Nos traía dos regalos: uno era una

máquina Kodak pequeña de fotos, otro el libro de Cuchifritín. Es decir, que la posibilidad de captar por mí misma imágenes vivas y archivarlas para el futuro coincide cronológicamente en mi biografía infantil con el primer contacto entablado con unos niños que, por primera vez, iban a darme el incomparable placer de la identificación apasionada. Y esto siempre me ha parecido una coincidencia simbólica, unida en mi memoria a los comentarios sobre literatura infantil de aquella señora tan dulce y moderna y a la luz que entraba desde la plaza de los Bandos, a través del mirador, para iluminar los muebles, mientras se celebraba aquella comida en que a los niños se nos daba pie para conversar sobre temas que nos interesaban a todos por igual.

También recuerdo que aquella señora dijo que mi hermana y yo le dábamos envidia. Yo, inmediatamente, pregunté por qué, como es natural; nunca había oído formular a ninguna persona mayor un tipo de apreciación tan fascinante e insólita. Y ella dijo: «Porque todavía no habéis conocido a Celia y Cuchifritín. Y no tenéis ni idea de lo bien que vais a pasarlo con ellos». Posteriormente me pregunté muchas veces, y también se lo pregunté a mi padre, que no me supo responder, si la señora García Prieto podría haber conocido a Elena Fortún, cosa que cabe dentro de lo posible. Pero aquel día, que yo recuerdo, no se habló para nada de esta escritora, sino simplemente de sus criaturas de ficción. Nuestra invitada tuvo el gran acierto de referirse en todo momento a Cuchifritín y a su hermana como niños vivos, como a unos amigos con los que íbamos a poder jugar y cambiar impresiones.

Quién era Celia

En eso, precisamente, consistía la eficacia literaria de aquellos personajes creados por Elena Fortún, según pude darme cuenta a partir de enton-



ces, a medida que nuestra biblioteca se iba enriqueciendo con los sucesivos tomos de esta historia inagotable y que siempre dejaba abierta la sed por que se prolongara. En que eran niños de verdad y en que la identificación que nos proponían no se instalaba en el ámbito de la quimera, como podía ocurrir en otros cuentos que nos hablaban de aventuras maravillosas pero irrealizables. La conducta de los héroes de ficción que nos brindaban los cuentos de hadas no interfería el ámbito de lo cotidiano, se desarrollaba en la lejanía. Era algo que no nos estaba pasando de verdad a nosotros. No nos amenazaba un dragón de ojos de fuego si nos veíamos obligados a vadear un río helado en pleno invierno. Participábamos de la historia al abrigo de sus zarpazos, como una especie de grato escondite. Se trataba, soportándolo sin demasiada angustia, de disfrutar de la sensación de amenaza que latía en la aventura ajena.

No era éste el caso de ahora. Celia no era la hija de ningún rey fabuloso que viviera en un país lejano y en un tiempo mítico. Era una niña de la burguesía madrileña, jugaba al diábolo, cuestionaba la identidad de los Reyes Magos, veraneaba, hablaba con su gata y con sus juguetes, leía muchísimo y se extrañaba de que las perso-

nas mayores se divirtieran tan poco, prohibieran tantas cosas y dieran por buenas las explicaciones más convencionales y ramplonas acerca del sorprendente y milagroso espectáculo de que a cada momento la vida ofrecía a nuestras capacidades de inventiva y reflexión. Ya en la presentación que se hace de esta niña en el primer libro, por medio del cual la conocí, *Celia lo que dice*, se establecía su identidad y se exaltaba el triunfo de la razón sobre el imperio mediocre del tópico. Fue un párrafo que me aprendí como una jaculatoria.

«Celia ha cumplido siete años. La edad de la razón. Así lo dicen las personas mayores... Es seria, formal y reflexiva, razonadora. Porque, ¿de qué serviría haber alcanzado la edad de la razón si no sirviera para razonar? Así, pensando y pensando, ha entendido que, siendo los mayores tan grandes y tan ásperos, tan diferentes en todo a los niños, no pueden comprender nada de lo que los niños piensan o hacen. ¡Pero vaya usted a quitarle de la cabeza a una persona mayor que es ella la que debe mangonear! Que se quede Celilla con los ojos muy abiertos, contemplando los leños que arden en la chimenea, pues dice mamá: 'Juana, acueste usted a la niña, que se está durmiendo'. Que al coger una porcelana de la vitrina se cae y se rompe. ¡Dios mío, qué escándalo y qué regañina! Como si ella no lo sintiera más que nadie...»

Niños y mayores

«Algunas veces está triste (¡le dan tantos disgustos!) y tiene tanta pena que, aunque haya llorado mucho, los sollozos la ahogan todo el día. Entonces los mayores dicen: '¡Dios quiera que no tengas que llorar por algo más grande!'. Y enseguida: '¡Feliz edad!... ¡Qué dichosos son los niños!' ¡Dichosos! Ellos sí que lo son, que se van a la calle cuando quieren, se acuestan cuando les parece bien, comen lo que les gusta y rompen lo que se les cae sin que nadie acuda a darles azotes.»

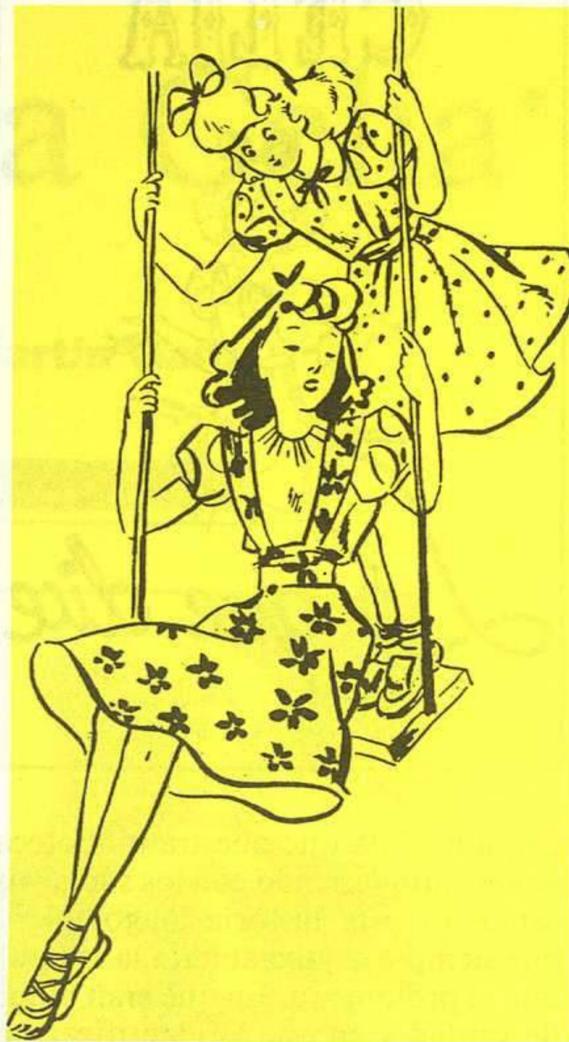
«¡Y qué tono se dan! 'Cuando las personas mayores hablan, los niños no rechistan'. 'A los mayores no se les contradice nunca'. En la mesa: 'A comer y a callar'. No sé dónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre.»

«Felizmente, ella tiene siete años. ¡La edad de la razón! ¿Será por haber pasado de esa edad por lo que los mayores no comprenden las cosas más sencillas?»

Celia conservó muchos años, y yo con ella, su fe en la razón, es decir, en la levadura de la palabra llana y sensata, capaz de desarticular las frases hechas con que amurallan su curiosidad las personas mayores, cuya capacidad de sorpresa y controversia se va anquilosando a medida que envejecen. Y cuando todo en torno le fallaba, recurría a los sueños, a la literatura. Ésa fue otra de las complicidades que mi amiga del alma me propuso, hasta el punto de que me atrevo a decir que fueron sus brillantes y atrevidas sugerencias las que me indicaron un camino para iniciar el cual no hacía falta ni compañía ni más equipaje que el de un cuadernito rayado: el camino de la literatura.

En el libro de *Celia novelista*, sus padres se han ido de viaje con Cuchifritín, aún bebé, y la han dejado sola en el colegio de monjas. El padre, al despedirse, le ha regalado un libro precioso con unas hojas blancas y las tapas de piel, y le ha dicho: «Para que escribas en él tus fantasías». Era verano, las otras niñas se habían ido a sus casas y ella se iba a quedar sola por tres meses. Al principio no se acostumbra a la soledad, juega a ser Caperucita y Ana, la cuñada de Barba Azul, que se sube a la almena de castillo para ver si llegan los guerreros que han de salvar de la muerte a su hermana. Pero pronto se da cuenta de que estas fantasías inventadas por otros ni le resultan creíbles ni la alimentan, y que sería ocioso copiarlas en su cuaderno de las tapas de piel. Eso sería un ejercicio de redacción, y ella quiere convertirse en protagonista. Y reflexiona así sobre esta revolucionaria transformación que permite su acceso al reino de la literatura:

«No, no. Ésos son cuentos que están escritos en muchos libros. Yo tenía que inventarlo todo, todo, y contarlo como si fuera verdad y estuviera pasando. Sería la historia de una niña que se llamaría Celia como yo y andaría sola por el mundo. ¿Una niña como yo? No, no. Yo misma. Yo, que me iba por el mundo ahora que mis papás me



BONI.

habían dejado sola. Y andando, andando, me encontraba con un hada, y luego un enano, y nos íbamos a un país donde pasan todos los cuentos, y llegábamos a una isla desierta... Había que pensarlo mucho antes de empezar. Y algunas tardes jugaba a ser una niña de novela, y a estar en la isla desierta, y a que una lancha venía a buscarnos.»

Elena Fortún

Si alguna duda hubiera podido abrigar el lector infantil sobre la identidad real de Celia Gálvez, al llegar a este punto se le disipaba por completo. No era una niña de novela por la razón irrefutable de que confesaba estar jugando a ser una niña de novela. Mayor garantía de su existencia no se podía encontrar, como tampoco una estrategia más eficaz para que naciera en mí, la amiga del alma a quien estaba haciendo tales confidencias, el afán de emularla. Yo también había decidido ponerme a escribir, pero me hacían falta el aliento y el ejemplo de una niña de mi edad, mucho más

fuertes y sobre todo mucho más útiles que el consejo de un profesor.

Aunque, desde un punto de vista literario, no sea el libro de *Celia novelista* el más interesante de la serie, el párrafo transcrito encierra una frase que sigue siendo la clave de todo empeño literario, ya se emprenda en la infancia, en la juventud o en la edad madura: «Había que pensarlo mucho antes de empezar», es decir, una labor de tiento, reflexión y paciencia. Ella me lo enseñó, y predicando además con el ejemplo. Porque en este tiempo que media entre la decisión más o menos atropellada de escribir y el momento de poner de verdad la pluma sobre el cuaderno de tapas de piel que da cierto encogimiento estrenar, Celia juega a ser una niña de novela, es decir, dramatiza lo que luego escribirá, como en un ensayo para creérselo. ¿Cabe mayor sabiduría, un ejercicio más lúcido de la razón aconsejada por la experiencia?

Tardé muchos años en preguntarme quién sería Elena Fortún, y cuando empecé a formularme esta pregunta, ya mucho después de nuestra guerra civil, nadie me la supo contestar.

No deja de ser curioso a este respecto el hecho de que yo no haya logrado enterarme hasta el año pasado de quién era esta escritora ni de cuáles fueron las vicisitudes reales de su vida: que no se llamaba Elena Fortún, sino Encarna Aragoneses; que había estado casada con Eusebio Gorbea, un militar republicano con veleidades literarias; que habían pasado muchas penalidades en la guerra hasta que consiguieron exiliarse en Argentina, donde su marido, de carácter más bien taciturno, acabó suicidándose, y más cosas. Pero sobre todo que ella, Encarna Aragoneses, cuando yo me enteré de estas cosas, ya no iba a poder ser mi amiga como Celia lo fue en tiempos, porque llevaba muchos años muerta, desde 1952. ■

* Nota: Extracto del artículo «El crecimiento de Celia», publicado en *El País*, el 14-6-87.